

"El Corresponsal de París"
(Hoja autógrafo semanal para el servicio de la prensa hispano-americana)
Redacción y Admón: 17 rue de Maubeuge
Paris.

Año III ~ Núm. 113.
Paris 6 de Julio de 1890.

Sumario. - Cjeada general a la situación: En vísperas de la fiesta nacional. No habrá conflicto. Un gran Desastre. Las cosas de España. En el resto de Europa. Miscelánea: Un poco de bibliografía. El héroe del día.

HAN transcurrido tan pocos días desde la fecha de nuestra última crónica, que apenas si hallaremos tema en los sucesos que posteriormente se han sucedido para coordinar una nueva que revista un mediano interés para nuestros habituales lectores. Trataremos, con todo, de llenar nuestra misión lo mejor que podamos y sepamos.

La proximidad de la fiesta nacional del 14 de Julio y de las vacaciones parlamentarias que se anuncian para el día 19, han esparcido de tal manera la tibia entre estos políticos de aquende el Pirineo, por regla general bullangueros y movedores como los que más de nuestra zona meridional y aún más latina, que a no haber surgido inopinadamente estos días la llamada cuestión de Lanzi-
bar, nos quedaríamos revisteros, cronistas y corresponsales sin saber qué decir ni de qué tratar para saciar la natural curiosidad del público que nos lee, el cual, por seguir la corriente invasora del noticierismo moderno, cada ^{día} se muestra más exigente y más ávido de impresiones nuevas.

Esa misma cuestión de Lanzi-
bar, que en un momento determinado afectó la forma de un verdadero conflicto entre Francia e Inglaterra, no ha logrado, con todo, a pesar de las proporciones que pareció tomar en un principio, distraer la atención de estos volubles y superficiales franceses de la

Decadencia, los cuales han mostrado y están mostrando incomparablemente más interés por todo lo que se relaciona con el proceso de Eyraud, presunto autor del asesinato de Gourffé, que por todo aquello de lo que podría depender, en un momento dado, la paz y la tranquilidad de Europa. Los periódicos, comerciantes más que verdaderos órganos de la opinión, contribuyen aquí mucho a que tenga lugar semejante anomalía en un país como éste, cuyo estado de adelanto no puede negarse, y en una capital como París, llamada por el gran Victor Hugo, en un momento de exaltación patriótica, el cerebro del mundo. No citaremos más que un hecho, en apariencia insignificante, para probarlo. El día en que hizo su entrada en París el presunto asesino, todos, absolutamente todos los periódicos de esta capital dedicaron su primer artículo, su primer fondo como aquí se llama, a la descripción de la llegada de Eyraud en sus más nimios y hasta ridículos detalles. En cambio, para enterar al público del estado de la cuestión de Lauribar, que precisamente aquel día revestía un carácter bastante grave, muchos de esos mismos periódicos se contentaron con publicar un suelto de una docena de líneas en el último rincón de la página y en caracteres diminutos, como hecho a propósito para no distraer la atención de los lectores del asunto primordial, el de la llegada de Eyraud, señalado en grandes letras capitales, en la cabecera del periódico, como el verdadero, como el único acontecimiento del día. Confesemos que no puede rebajarse más el noble sacerdocio de la prensa.

Dejando de lado estas miserias, digamos en resumen que la cuestión de Lauribar no presenta ya el carácter grave de estos últimos días. Francia ha dirigido a Inglaterra una formal protesta que implicaba una verdadera reclamación, y como el error, el dolo o la mala fe estaban de la parte de la Gran Bretaña, ésta no ha tenido más remedio que dar toda suerte de explicaciones satisfactorias tratando de borrar el mal efecto que haya podido producir un equívoca conducta. No está aún terminado este asunto, y se pasarán quizá muchos días antes que pueda darse por definitivamente arreglado; pero bueno es hacer constar que la cuestión está en buen camino. Decíase a última hora que Inglaterra estaba estudiando el medio de ofrecer a Francia

una compensación material. Cual pueda ser ésta, nadie lo sabe, o, por lo menos, nadie ha podido traslucirlo hasta ahora. Mejor es así, pues dado el estado de agitación en que han vuelto a colocarse los asuntos de Europa de algunos días a esta parte, cualquier imprudencia cometida en el terreno diplomático podría ser el chispa que produjera el incendio, y en este caso la conflagración general que tanto se teme sería inevitable.

Ningún detalle, que no corra ya de sobre nuestros lectores por el telégrafo, podemos dar acerca del espantoso desastre ocurrido recientemente en Fuerte-Franca, población importante de la colonia francesa de la Martinica. Aquello ha sido una verdadera catástrofe. El incendio ha destruido centenares de casas; millares de familias han quedado en la intemperie y las pérdidas materiales producidas por el terrible siniestro son casi incalculables. Esto no importa. Afortunadamente la metrópoli es rica y generosa - esta cualidad no puede negarse, en justicia, a los franceses - y acudirá pronto en auxilio de sus hermanos desamparados del otro lado del Océano. La Cámara, el gobierno, la prensa, los círculos todos se han ocupado ya en esto, y no hemos de tardar en ver surgir una población nueva de las ruinas todavía humeantes de la ciudad incendiada. Recordemos, sino, nosotros los españoles, lo que Francia hizo por España cuando ocurrieron las inundaciones de Murcia y los terremotos de Andalucía. ¿Qué no harán, pues, los franceses, por sus compatriotas de la Martinica?

Después de todo, el asunto que priva en estos momentos en París es el que se refiere al desenlace que acaba de tener la crisis política en España. A todo el mundo ha sorprendido aquí la subida de los Conservadores. No a nosotros - y no se tome ^{esto} a jactancia de nuestra - que conocemos de antiguo los resortes que en nuestra patria dan juego y movimiento a la política. Pero como no se trata ahora de dar nuestra opinión particular sobre el suceso a que nos referimos, hemos pensado que no sería des acertado interrogar a persona muy allegada del ilustre republicano Sr. Ruiz Zorrilla, y de ella hemos recibido las interesantes declaraciones siguientes:

— El advenimiento de los Conservadores al poder ha

producido una penosa impresión en España, sobre todo entre todos aquellos que, republicanos de más o menos buena fe, creían en la posibilidad de una evolución política y repudiaban todo género de sacudimientos revolucionarios para llegar a un cambio en las instituciones del país. Después del desenlace de la última crisis, ya saben a qué atenerse en este punto. — La caída del ministerio Sagasta no es debida a una derrota parlamentaria ni a ninguna de esas otras causas justificadas que determinan la caída o exigen la dimisión de un gobierno cualquiera. El público puede preguntarse, extrañado, ¿quién obedece la resolución de la reina regente; pero en todos los círculos políticos, en la Cámara misma y en el Senado, todo el mundo está conteste en decir que es ha- zido el resultado de una Conspiración palatina llevada con sigilo desde hacia mucho tiempo por el Duque de Septo ^{quedó a ser}, nombrado alcalde de Madrid, el general Martínez Campos y varios otros personajes de elevada categoría que tienen su residencia fija en el mismo palacio de la plaza de Oriente. — Despedir al partido liberal en las condiciones en que acaba de hacerse, es ponerle cascabeles al gato, vamos al decir, es dar completa razón al Sr. Quij Lorrilla acerca de los medios que puedan emplearse para crear en España un estado de cosas a la altura de la dignidad del país, el cual ve claramente que, obrando tal como acaba de hacerse, no se hace otra cosa que obedecer a ingerencias extranjeras y a cálculos ambiciosos, con- trarios en un todo a los intereses de raza de la nación española. — El Sr. Castelar, y con él todos aquellos que se han visto defraudados preconizando y adoptando el sistema evolutivo, han venido a dar pública- mente la razón al Sr. Quij Lorrilla, y quizá compran- dan ya, aunque algo tarde, que no es por los llama- dos medios legales que puede llegarse a restablecer la verdadera legalidad en un país donde los que mandan son casi siempre los primeros rebeldes. — Al decir ver- dadera legalidad, refiérome a la República, la cual fue vo- tada en 1873 por los monárquicos de la Cámara y del Senado, viniendo más tarde una Cámara republicana a sancionar el voto de sus predecesores, todo esto sin sacri- ficias, sin pronunciamiento, sin ningún género de vio- lencia. ¿Cómo fue destruida esa primera República? Primero con el dinero de los conservadores, que fomentaron la insurrección de Cartagena, el cantonalismo y los carlistas y más

tarde, con las bayonetas de Pavía y de Martínez Campos. — El pueblo español ha esperado pacientemente durante estos últimos cinco años de dominación del partido liberal; pero no hay duda que aborrece y odia con toda su alma a los Conservadores, pues no olvida ni olvidará nunca el conflicto de las Carolinasⁿⁱ, los fusilamientos de la noche de Santa Isabel, ni la persecución contra los estudiantes ordenada por el ministro que acaba de ser investido ahora con el importante cargo de ministro de Gracia y Justicia. — Después de todo, yo creo que la llegada al poder del partido Conservador representa el lazo de unión de todas las fracciones democráticas y republicanas, y yo espero que, a partir de hoy, no dejarán de agruparse alrededor del único hombre cuyas opiniones no se han desmentido un solo día durante el largo tiempo que ha pasado en la emigración. — Como not. de la fin, he aquí uno que se atribuye a la reina Isabel, suegra de la actual regente. Dices que en cuanto tuvo conocimiento del desenlace que esta última había dado a la crisis, exclamó: Jamás lize yo tanto.

Hasta aquí nuestro apreciable interlocutor. Nosotros ni quitamos ni ponemos rey... ni reina, y allá nuestros lectores con los comentarios.

+ +

Recientes noticias llegadas de Bulgaria presentan la situación del minúsculo principado como muy grave, lo cual no nos sorprende. La ejecución del mayor Panitza es calificada por todo el mundo de verdadero asesinato político. El príncipe Fernando, que no ha obedecido sino a las instigaciones de Austria negándose a conceder la conmutación de la pena impuesta al infortunado militar, está al parecer avoado y arrepentido, en vista del clamoreo general que se ha levantado en toda Europa contra su proceder inhumano y desatentado. Ha habido ya insinuaciones de abdicación, quizá previendo que la cosa ha de costarle, a la corta o a la larga, la corona. Como quiera que sea, no puede negarse que la situación es crítica y que un incidente, de poca importancia al parecer, podría ser causa de una conflagración general en esta culta cuanto agitada Europa.

+ +

Queríamos decir algo acerca de un precioso libro que acaba de aparecer y de otro no menos precioso cuya publicación se espera para dentro de unos días. Del héroe del día, de Byron, queríamos también decir algunas, aunque pocas, palabras. El espacio nos falta y hemos de aplazarlo para la siguiente crónica. Arturo Vissandell